

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 405

25 CTS.



VACACIONES

POR

Lilian Harvey

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA**
EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN | Pasaje de la Paz, 10 bis
ADMINISTRACIÓN | TELÉFONO 18551

Año VIII BARCELONA N.º 405

VACACIONES

Deliciosa novela
Interpretada por
LILIAN HARVEY y HARRY HALM



EXCLUSIVA DE
UFA, Concesión Española
Balmes, 79 — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de
DOROTHY JANIS

Vacaciones

Argumento de la película

Es error muy extendido entre la juventud inexperta, la creencia de que el amor sólo traiga alegrías en su bagaje.

Por eso, la monísima Herminia Strakosch, que llevaba poco tiempo de casada, arreglaba aún con fe el equipaje de su marido.

Era su esposo Wenceslao Strakosch, un renombrado virtuoso del violín que se había casado por amor, pero que añoraba a veces su anterior libertad de soltero.

Cierta mañana estaban arreglando los mundos y maletas para emprender un viaje de vacaciones.

Ella, siempre alegre y cordial, alternaba su trabajo con frecuentes besos a su marido.

El violinista dejaba que su esposa empquetara las cosas; él prefería leer,

De pronto mientras hojeaba una revista se echó a reír a carcajadas y mostró a Herminia una caricatura.

Figuraba la jaula de un parque en la que



... Alternaba su trabajo con frecuentes besos a su marido.

había un par de camellos. Un niño en compañía de su padre se detenía ante ellos y decía:

—¿También los camellos se casan, papá?

—Sí, hijito: sólo se casan los camellos—respondía el viejo con cara cómica de arrepentido.

—¡Está estupendo!—decía Wenceslao a su esposa—. ¡Es de lo más gracioso que he visto!

—No le veo la gracia... Siempre estás ridiculizando el matrimonio. Un buen día te dejo como te dejó tu primera mujer— contestó ella, amoscada.

El violinista, riendo, se dirigió a su despacho y momentos después, la doncella le decía:

—Cinco señoritas preguntan por usted, señor Strakosch.

—¡Bien... bien!... ¡Que pasen!

Eran cinco muchachas encantadoras, admiradoras del famoso artista que venían a suplicarle un autógrafo.

Llevaban ya las fotografías de Wenceslao, compradas en una tienda de música, pero no se contentaban con ello.

—Falta a esos retratos el prestigio de su firma, señor.

—Me honraré mucho estampándola.

Y el artista, que sentía la vanidad de verse admirado por el sexo femenino, comenzó a firmar.

Mientras lo hacía, una de las muchachas se fijó que en el dedo anular de la mano izquierda del músico fulguraba un aro de alianza.

—Perdone la indiscreción... ¿Es usted soltero?

Wenceslao se echó a reír. Aquellas mujercitas debían considerarle libre y todas soñaban en conseguir la honra de ser las compañeras de su vida.

Herminia entró en la estancia, y consumida por los celos, exclamó, mirando a las inoportunas visitantes:

—Sí, señoritas... ¡Es casado... y su mujer soy yo!

—Parece imposible!

—Tengan la bondad de no molestar más...

Y una a una fué echándolas de la habitación, deseosa de tener para ella sola a su marido.

Las jóvenes contemplaron con rabia a la señora de Wenceslao y se marcharon lanzándole miradas de desprecio.

Cuando hubo salido la última de las admiradoras, el violinista se enfureció:

—Tú y el anillo de boda compremetéis sin cesar mis éxitos de artista—dijo.

—¿Es que son esas desahogadas las que te dan el éxito?

—El artista no puede ser de una mujer. ¡Se debe a la humanidad!

—¿Esas tenemos?

—¡Sí, señora! Ha de ser libre como el pájaro.

Y en aquel mismo instante, por haber abierto Herminia un momento antes, ner-

viosa e inconscientemente, la puerta de una jaula dorada en que trinaban dos aves cantoras, una de ellas emprendió el vuelo hacia el jardín.

—¡Ay, mi pajarito! ¡Corre a buscarlo!



... fué echándolas de la habitación...

Herminia amaba aquella pareja de aves que poetizaban su hogar con la dulzura de sus cantos.

El violinista se dirigió al jardín y tras una carrera fatigosa, consiguió recuperar el pajarito y devolverlo a su nido.

Herminia dió muestras de verdadero júbilo.

—El macho voló hacia la libertad—dijo—, pero el remordimiento le hizo volver a la hembra amada... ¿Ves qué hermoso ejemplo?

—Sí... mucho—replicó él con desgana.

—Diríase que te hastiá mi presencia.

—No seas así, mujer... Ya sabes que te quiero...

E hicieron las paces cambiándose unos besos de amor.

* * *

Al día siguiente emprendían el viaje. Se dirigían hacia una hermosa ciudad suiza.

Iban en un barco que les transportaba por los lagos maravillosos de aquella tierra privilegiada.

A pesar de la hermosura del paisaje, de la suavidad de las olas y del encanto de las músicas de a bordo, Wenceslao se aburría. Tiraban aún de su alma los anhelos de la libertad, el deseo de volar para buscar lejos la luz de la inspiración.

Se recluyó en su camarote no queriendo permanecer en cubierta. Y su esposa Herminia, se enfurecía ante esa especie de vida resignada y monótona de él.

—Parece que te aburres a mi lado—le dijo—. Tal vez debí no acompañarte en el viaje de vacaciones.

El sonrió.

—No creas que estaría mal una separación de los esposos una vez al año—dijo—. Se fortificaría el amor.

—Y con el anillo de boda bien escondido para favorecer las ocasiones, ¿verdad? —exclamó la esposa con indignación.

—Para gozar un poco de libertad...

Herminia, enfurecida por aquel anhelo de su marido, meditó un rato y luego dijo:

—Quiero concederte esa vacación matrimonial que solicitas. Vivamos independientes, como si no nos conociéramos.

—Pero, mujer...

—Sí... sí...

Quitó el anillo a su marido y sacándose a su vez el suyo, abrió el ventano del camarote y sacó el brazo.

Hizo gesto de echar algo al mar, pero, disimuladamente se guardó las sortijas en el puño cerrado.

—Pero, ¿los has arrojado al agua? —dijo él, sorprendido.

—Sí... Ya compraremos otras alianzas cuando termine nuestra separación. En estas vacaciones tendrás el anhelo de ser libre... No te preocupes de mí, que yo tampoco quiero saber nada de tus cosas.

—Pero, criatura..

—Lo dicho. La jaula conyugal está abierta. Vuela hacia la libertad.

Y salió a cubierta, dispuesta a ser ya para su esposo una desconocida durante aquella época de prueba.

En aquel barquito que realizaba tan hermosa excursión, iban muchos turistas.

Juan y Matilde, una alegre pareja de amantes, formaban parte de la expedición e iban a vivir su temporada de amor sin ataduras legales.

No estaban casados, pero era preciso simularlo para que la gente no criticara el verles juntos.

—Hay que llevar puestas las alianzas —dijo él, sonriente—. De esa manera despiostamos a los curiosos.

Y al contrario de lo que habían hecho Herminia y Wenceslao, ellos lucieron dos sortijas para que les consideraran matrimonio.

Figuraba también entre el pasaje, el rico Don Carlos, propietario de una vasta hacienda sudamericana que sólo pensaba durante la travesía en buscar novia... pero una novia digna de Enrique, su hijo y heredero único.

Herminia había salido a cubierta, sentándose en un banco y respirando ampliamente el aire del mar que parecía librirla de la anterior sofocación. Wenceslao, enfurecido por la actitud de su mujer, pues su deseo de separación no era más que

una broma, y en cambio su esposa se lo tomaba en serio, se dirigió hacia ella para solicitar su perdón.

Mostróse Herminia terca e implacable.

—¡No le conozco, caballero!... ¿Con qué derecho viene usted a molestarme?

Don Carlos y su hijo Enrique contemplaban la pareja y el padre habló al muchacho de que parecía muy interesante aquella mujer.

—Es cierto. Encantadora, pero inabordable, papá. Ya ves cómo recibió a ese joven.

—¿Por qué no eres audaz y la hablas? Verás como yo te abro el camino.

Acercóse al matrimonio que seguía discutiendo y con la contera de su bastón, tiró al suelo disimuladamente el bolso que Herminia había dejado sobre el banco.

Enrique apresuróse a recogerlo y se lo entregó a la joven quien sonrió muy agraciada.

—¿Le prueba el viaje, señorita?—le preguntó él.

—A medias solamente.

—¿Se marea?

—Me marean...

—¡Oh! yo... señorita...

—No... usted no... Otras personas.

Y dirigió una mirada de burla y de altivez a su marido que junto a ellos contemplaba con ferocidad a aquel jovenzuelo ins-

solente que se había atrevido a hablar con Herminia.

—Caballero...—dijo Wenceslao.

Pero se sintió cogido por un bastón que le rodeaba el cuello. Era el bastón de Don Carlos. Este lo empuñaba con energía y obligó al músico a apartarse de allí para que los jóvenes pudieran hablar a su antojo.

—¿No le ha rogado la señorita que no la importune más?—le dijo.

—Pero es que esa señorita es...

No se atrevió a confesar que se trataba de su esposa temiendo caer en el ridículo.

Y hubo de sufrir la amargura de ver charlar a Herminia con aquel desconocido... Los dos reían... por lo visto era graciosa la conversación...

Los celos anidaban ferozmente en el alma del músico... ¿Es que serviría aquel viaje para que cortejasen a su mujer?

¡Ah, maldita libertad!

El barco llegó horas después a Lucerna, la bella ciudad helvética.

Enrique no se separaba un momento de Herminia, la que había ocultado su condición de casada, y se reía de aquella aventura que como castigo encendía de celos el alma ardiente de Wenceslao.

Desembarcaron y subieron al coche del

Gran Hotel, Herminia y Enrique. Wenceslao quiso seguirles, pero don Carlos se lo impidió gritando:

—¿No se da usted vergüenza de molestar? ¿Es que quiere que esa dama le castigue?

—Es que yo tengo grandes derechos sobre ella.

—No sea usted tonto. ¡La señorita se burla de usted! A quien hace caso es a mi hijo.

—¡Imbécil!

Iba a subir al coche, pero Herminia se lo impidió cerrando la portezuela y dándole una mirada airada.

Y ella siguió hablando y riendo con Enrique, su "flirt"... Ya vería el marido las "ventajas" de la libertad conyugal... Ahora las estaba probando.

Arrancó el vehículo, y el músico... puede decirse que tuvo que irse con la música a otra parte.

Exaltado, cargado con su equipaje, fué a pie al Gran Hotel.

Herminia al llegar al hermoso hotel, firmó en el libro de viajeros, y puso que era soltera.

Quería llevar por entero vida de independencia, ya que así lo había convenido con su marido.

El tenor Rodolfo Becker, un cursi que se creía la desesperación del bello sexo y

que estaba de huésped en el hotel, vió firmar a la muchacha y tan pronto como ésta desapareció corrió a hojear el libro para recoger datos... Era soltera... y tenía diez y nueve años... ¡Una perla!

Paseó, contentísimo, por el hall cuando vió a una señora acompañada de su hija, una encantadora muchacha que al ver al tenor comenzó a hacerle con los ojos signos significativos y picarescos.

Eran la señora Adalberta Truchel y su hija Edelgunda.

El tenor ni corto ni perezoso acercóse a la ardiente criatura. Esta seguía mirándole y guiñando de modo audaz como si le dijese: Anda, besa mis labios que tienen sed...

Rodolfo, encantado, rodeó el talle de Edelgunda y depositó en sus hermosos labios un fuerte beso.

¡La que se armó!

Escándalos, gritos, lloriqueos, pataleos de la niña y desesperación de su madre. Rodolfo estaba asombrado.

—Perdón, señora — dijo a la madre que pronunciaba repetidas veces la palabra honor ultrajado —. Pero la joven hace unas insinuaciones con la cabeza...

—¡Desdichado!... Va usted a calificar tan ligeramente lo que es en mi hija un padecimiento nervioso?

—¡Ah!... pero yo soy también un poco nervioso, ¿sabe?

Y se alejó antes de que no acabara la entrevista con algún bofetón de la "suegra".

Juan y Matilde llegaron al hotel. Ella tenía un aspecto inequívoco de cortesana; él de niño tonto.

—Dos habitaciones unidas. Para mí y para mi marido—dijo la mujer.

El gerente, que velaba por la moralidad de la clientela, negó con la cabeza. ¿Qué clase de hotel se habían creído que era aquel? Allí sólo se admitían parejas legales... Pero los dos tórtolos le mostraron los anillos de su mano izquierda y el director rectificó en el acto su parecer.

Aquello era un matrimonio tan digno como el que más.

Herminia fué a ocupar una de las habitaciones que daban al jardín. Su marido otra estancia del mismo piso.

Aquella noche, en el comedor, la gran atracción masculina fué Wenceslao, pero la gran atracción femenina fué Herminia.

Cuando ella bajó al comedor, el tenor la sonrió repetidas veces y ella que deseaba hacer rabiar por encima de todo a su marido, contestó muy gentilmente a tal prueba de afecto.

Pero don Carlos y Enrique cogieron por su cuenta a Herminia y la invitaron a ce-

nar, teniendo Rodolfo que retirarse a otra mesa.

La noticia de que se hallaba en el hotel el ilustre violinista Wenceslao Strabosch atrajo a una gran multitud femenina e inmediatamente rodearon al artista numerosas mujeres quienes apoderándose del violín de uno de los músicos de la orquesta, solicitaron de Wenceslao el honor de que tocara alguna pieza.

El artista, muy a regañadientes, accedió a arrancar del violín una de aquellas melodías que le habían dado celebridad y ante el silencio general oyóse en la sala la mágica vibración de su violín.

Su esposa le contemplaba sonriente y al propio tiempo, para seguir dándole celos, habló en voz muy baja, como si le contara algo interesante, con Enrique.

Wenceslao lanzaba miradas furibundas... No sabía lo que tocaba... si el violín o el violón... Y de pronto, no pudiendo contener más su furor, paró en seco y se dirigió hacia la mesa de los tórtolos.

Hubo un movimiento de espectación general.

—¿No podían ustedes guardar silencio?
—gritó.

Enrique le contempló con insolencia.

—No vamos a estar como en misa, oyen-

do su música—contestó—. ¡Ni que fuera usted Paganini!

—Yo no seré Paganini, pero usted es un idiota.

—¿Cómo se atreve?



... rodearon al artista numerosas mujeres...

Iban a lanzarse el uno contra el otro, pero intervinieron los demás comensales, y la cosa no pasó a mayores.

Wenceslao murmuró a su esposa:

—¡Tus coqueteos con el americano van a dar un final trágico a la comedia!

—¿Por qué te quejas si todo ésto lo has querido tú?

—Es verdad!

Y tristemente se alejó comprendiendo las desventajas de la libertad y deseando con toda su alma volver a unirse con su esposa, pues la compañía es la garantía de la dicha.

El tenor llegóse a Herminia y le dijo:

—Pienso dedicarle a usted cualquier noche mi famosa "Matinatta". Los que me la oyen me confunden con Caruso.

Pero ella un poco disgustada por el giro que habían tomado los acontecimientos, acabó de cenar y se dirigió a su cuarto.

* * *

Wenceslao no quería que continuasen las cosas ni un momento más. Maldecía la separación y deseaba reconciliarse de nuevo con su mujercita y tenerla a su lado para velar que nadie se la quitase.

—¿Qué número tiene el cuarto de la señorita Herminia Vert?—preguntó en el bureau.

—El número 9.

—Gracias.

Subió al piso.

La señora Adalberta Truchel y su hija Edelgunda tenían la habitación número 6. Al entrar las dos mujeres en su cuarto des-

pués de la cena y al cerrar con alguna fuerza la puerta, el número 6 que estaba clavado en la madera de la misma, se desclavó por su parte superior y el 6 dió una vuelta quedando convertido en el número 9.

Wenceslao subió al piso y al ver en una de las primeras puertas que encontró el número 9, entró en el cuarto.

¡Si hubiese sabido que por explicable error se había metido en la habitación de unas desconocidas!

Doña Adalberta y Edelgunda se hallaban en el cercano cuarto tocador desnudándose y poniéndose los pijamas, así es que no vieron a Wenceslao que sonreía alegremente al contemplar las dos camas juntas.

Se imponía necesariamente la reconciliación... Era preciso que su esposa le perdonase.

Metióse en el lecho, cubriéndose por entero.

No tardó en aparecer Edelgunda, quien distraída se metió en el lecho contiguo, sin descubrir que al lado tenía un hombre.

Poco después entró doña Adalberta, quien ocupó sonriente la cama en que estaba Wenceslao.

Este horrorizado ante la presencia de las dos mujeres, quiso huir a gatas, pero las damas le descubrieron y comenzaron a lanzar gritos capaces de poner la piel de gallina a toda la humanidad.

—¡Perdón, señoras! — balbuceaba el joven, turbadísimo—. Les aseguro que he sufrido un error... Creía encontrarme en otra habitación.

—¡Bandido... canalla!—rugía doña Adalberta mientras su hija seguía haciendo sus peculiares guiños.

Acudió el gerente del hotel.

—¡Haga usted arrestar a este miserable! —dijo la madre.

—Pero, señora—contestó el músico—. Yo le aseguro a usted que...

—¡Nada!... O se casa usted con mi hija o...

—Bien... ya hablaremos de eso — dijo Wenceslao con el ánimo de librarse por el momento de aquellas inoportunas.

Salió, acompañado del gerente.

—¡Muy lamentable, mucho!—le dijo éste—. Pero de cualquier modo, señor, en este hotel están prohibidas las visitas nocturnas.

El escándalo había sido tan enorme que los corredores estaban llenos de gente que comentaba lo ocurrido.

Wenceslao estaba desesperado... Toda su reputación por los suelos. Abrió la puerta de su cuarto... y escuchó aún las voces de los que protestaban contra el atrevimiento de ciertos hombres que penetraban furtivamente en los cuartos de las damas.

En la habitación de Wenceslao ocurrían

también cosas... Estaban en ella varias mujeres, admiradoras suyas, que le esperaban con el deseo de que estampase su firma en un álbum o en las fotografías que poseían de él.

Al entrar el joven violinista le rodearon aquellas admiradoras, pero Wenceslao, deseoso de que le dejaran solo, comenzó a desnudarse con el ánimo de que huyeran de allí.

Quitóse la americana, el chaleco, el cuello... e iba a hacer lo mismo con los pantalones, cuando la bandada de jovencitas, asustadas, puso pies en polvorosa... ¡Qué hombre! ¡Qué hombre! ¡Era un constante peligro!

Aun habló luego con el gerente del hotel sobre el incidente ocurrido en el cuarto de las damas.

—De todos modos ha sido inconfesable el atrevimiento de usted... Meterse en la cama de una de ellas.—dijo el gerente.

—¡Oh, váyase, porque entre todos me volverán ustedes loco! ¿No saben que ha sido la fatalidad la causante de este suceso?

Salió el director y entonces, de un cuarto contiguo, apareció Herminia.

La muchacha había pensado también aquella noche en las dulzuras de la recon-

ciliación y furtivamente, sin ser vista, había entrado en el cuarto de su esposo.

Pero la visita de las otras mujeres y los comentarios sobre la conducta de su marido durante aquella noche, la hicieron volver



¡Qué hombre! ¡Era un constante peligro!

sobre su acuerdo y miró a Wenceslao con acritud.

—Eres un verdadero aventurero del amor... Parece mentira... Y yo que venía dispuesta a perdonarte...

—Pero, Herminia, te prometo que soy inocente.

—No me cuentes historias chinas... Sigue con tus aventuras... y tus mujeres... No te estorbaré.

El entonces le contó todo lo ocurrido, le dijo que sólo amaba a una mujer y que esta mujer era ella.

Herminia acabó creyéndole. Hablaba con tanta sinceridad que era imposible dudar.

Pero, dispuesta otra vez a hacerle apurar aun más las "ventajas" de aquella libertad tan soñada, se negó a la reconciliación y volvió a su cuarto.

En su habitación encontró ahora al tenor Rodolfo que había sostenido momentos antes una lucha con Enrique a quien había derribado en el corredor.

El tenor había cantado desde el jardín varias canciones ante el cuarto de Herminia, y Enrique que lo descubrió, entró en la habitación de la mujer, aprovechando la ausencia de ésta, y por la ventana abierta, sacó la mano haciendo señas a Rodolfo de que subiera.

El cantante, pensando que era la misma Herminia la que, agradecida a su serenata, le hacía subir, se encaramó por la ventana tranquilamente encontrándose con su rival. Ambos se atacaron con furor saliendo al pasillo, pero, finalmente, el tenor venció en la contienda.

Herminia protestó al encontrar a Rodol-

fo en su cuarto, y éste le explicó lo sucedido asegurándole que acababa de librarse de un seductor.

—Si es así... agradecida en el alma—dijo ella.

Pero Rodolfo deseaba tomarse el agradecimiento de otra manera y quiso besar a Herminia quien contestó con una sonora bofetada que hizo ver las estrellas al conquistador.

¿Qué se había creído? Herminia era una mujer honrada, ¿comprendía? Y nadie tendría derecho sobre ella.

Y salió el tenor con profunda melancolía quejándose de las muelas... y lamentando el desprecio de aquella mujer.

* * *

A la mañana siguiente Wenceslao estaba bien dispuesto a que cesaran de una vez aquellas anomalías... Quería hacer las paces con su esposa dándose por vencido.

Se dirigió a la gerencia del hotel y dijo:

—Le ruego a usted, señor director, que mande poner en mi cuarto una cama más. Mi mujer vendrá hoy mismo.

—¡Ah!, si espera usted a su mujer, ¿por qué continúa haciendo el libertino?

—No me venga ahora con historias... Se lo ruego.

Compró a una florista un ramo de rosas y

después de enterarse de cuál era realmente la habitación de Herminia, se dirigió al jardín y viendo abierto el cuarto de ella, echó por la ventana el ramo.

Herminia, que se estaba arreglando, recogió las flores y las aspiró dulcemente. Asomóse un momento a la ventana y vió a su marido. Volvió a meterse dentro, vacilante... Pobre Wenceslao, bien castigado estaba con sus celos. ¿Por qué no perdonarle ya de una vez?

Escribió en un papel y por medio de una cuerda lo hizo bajar al jardín. Pero quien lo recogió fué Enrique que rondaba por allí, ya que Wenceslao había tenido que escapar velozmente perseguido por doña Adalberta que paraguas en ristre daba rugidos de combate y decía:

—Usted tiene una deuda de caballerosidad con mi hija y tiene que pagarla.

Enrique se apoderó, pues, del papelito y leyó en él:

Espérame en el jardín.

Herminia.

Cuando la joven creyendo encontrar a su esposo bajó al jardín, se sintió rodeada por los brazos amantes de Enrique.

—¡No... no... déjeme! —decía ella.

—¡Pero Herminia... si usted misma acaba de citarme!

Le mostró el papel.

—¡Qué equivocación! ¡No era para usted!... Amigo Enrique, debo a usted una confesión leal... Yo no soy soltera.

—¿Cómo?



¿Qué se había creído?

Ella sacó de su bolso dos sortijas, la alianza suya y la de su marido.

—¿Dos alianzas? —suspiró Enrique—.

¡Ya comprendo! ¡Usted es viuda!

—Sí...

Vió venir a su marido que había logrado despistar a doña Adalberta.

La presencia de su esposo le hizo sonreír

con malicia y dispuesta a divertirse aún un rato, exclamó:

—Si quiere usted detalles de mi estado, pregunte al señor Strakosch que conoció a mi marido.

—Precisamente ahora está allá... Voy a interrogarle.

Corrió Enrique hacia él.

—Necesito que me dé usted informes sobre el esposo de la viuda Herminia Vest —dijo, sonriente.

El marido contemplaba con indignación a su rival. ¡Qué osadía! Luego acercóse a Herminia. ¿Es que se había propuesto desesperarle? ¿Cuándo lograría desarmar sus iras?

—¿El esposo de esa señora? —dijo procurando tranquilizar su expresión—. Es, era, mejor dicho, un hombre encantador... Pero no me había dado cuenta de que hubiese muerto.

Miró a su mujer y agregó:

—Mi más sentido pésame, señora!

—¡Muchas gracias!

—Lo que no me explico —dijo sonriente y pensando que era mejor tomarse las cosas con ironía—, es que Herminia substituya a su marido con un hombre como usted.

—¿Por qué dice eso? —exclamó Enrique.

—Yo me sé las razones...

Y se alejó tristemente mientras en los

labios de Herminia aparecía una sonrisa de triunfo.

¡Pobre maridito!... ¡Cómo estaba sufriendo! Era preciso que aquellos equívocos terminasen pronto...

* * *

Aquella tarde se presentó Luisa, la primera mujer de Wenceslao. El gerente del hotel al verla creyó que se trataba de la esposa del músico.

—Me han dicho que estaba aquí Strakosch —dijo la dama—. ¿Es eso cierto?

—¡Ya lo creo!... Acompáñela, mozo, a la habitación.

Luisa era una excéntrica millonaria que viajaba sola por el mundo. Se había divorciado de Wenceslao a causa de incompatibilidad de caracteres, pero, ahora, al enterarse de que el músico estaba en la ciudad sintió el deseo de volver a verle.

El gerente, advertido por Wenceslao de que llegaría su mujer, creyó que Luisa era la interesada y la hizo entrar en la habitación del músico.

Herminia quería acabar de una vez con la separación, abandonar aquel lugar de vacaciones y reconciliarse con su marido.

Después de dar un paseo por el jardín entró en el hotel y preguntó en el "bureau":

—¿Está ya el señor Wenceslao Strakosch?

—No lo he visto. Quien está en el cuarto de él es su esposa.

—¿Su esposa?

Rápidamente corrió hacia la estancia de su marido. Entró enfurecida, y al ver a Luisa, reconoció en ella a la primera mujer de su marido cuyo retrato había visto alguna vez.

—¡Qué atrevimiento! —dijo.

Luisa miró indignada a la recién llegada.

—¿Quién es usted? Yo soy la señora Strakosch, la primera mujer de Wenceslao.

—¡Es que yo estoy casada actualmente con Wenceslao! ¡Soy más señora Strakosch que usted!

Apareció Wenceslao, quien al ver a las dos esposas frente a frente, pensó enloquecer de espanto.

—¡Luisa! —dijo.

—¡Ya he visto el juego! —gritó Herminia—. Deseas nuestro divorcio para casarte de nuevo con ella.

—¡No... no!...

—¡Puedes hacerlo cuando te plazca! Yo me casaré con Enrique.

—Pero, Herminia, por favor...

Luisa pareció comprenderlo todo. Ella no sentía por su exmarido ningún deseo de reconciliación; todo lo contrario. Amaba la libertad... Pero tampoco odiaba a Herminia,

pues ningún motivo tenía para ello, ya que fué la propia Luisa quien pidió el divorcio...

Herminia salió desesperada y Luisa dijo a Wenceslao:

—Ni a tu segunda mujer has sabido hacer feliz... ¡Eres imposible!

—¡Si yo la adoro... si la amo... pero ella se niega a escucharme!

—Sus razones tendrá...

Luisa salió y dirigióse al cuarto de Herminia... Las mujeres acostumbran comprenderse más en los asuntos del corazón.

—No llore usted — le dijo Luisa—. La misma desesperación de Wenceslao es una prueba de que la ama... Yo quiero arreglar todo esto.

—Siempre me está importunando con sus celos...

—No volverá a hacerlo... ¿A quién teme? ¿A ese Enrique? Presénteme usted a ese joven y solucionaremos el asunto.

Ambas se dirigieron al jardín donde encontraron al muchacho americano en compañía de su padre.

Herminia presentó Enrique a Luisa y se alejó de allí, simulando tener que escribir unas cartas urgentes.

Y tanta maña se dió Luisa en conquistar o al menos enamorar con su "flirt" el corazón del mozo que media hora después los

labios de los dos jóvenes permanecían unidos.

Enrique encontraba en la amiga de Herminia algo encantador, más subyugador aun que en la otra... y luego... ¡aquella facilidad con que le había regalado sus labios!

El gerente del hotel descubrió a Luisa besándose con Enrique... y quedó pasmado... ¡Qué infamia! ¡Engañar así al pobre señor Strakosch!

Herminia volvió a salir de sus habitaciones y preguntó al gerente:

—¿No ha visto usted al señor Wenceslao Strakosch?

—¡Sí, señorita!... ¡Si usted supiera! ¡Su mujer lo engaña con el americano!

—¿Sí?

Y un gran estallido de risa estremeció sus hermosos hombros.

Entretanto, Wenceslao había salido al jardín y de pronto fué perseguido por doña Adalberta, empeñada en hacerle su yerno.

El joven tomó una barca, pero la pega-josa señora logró subir a la embarcación.

—¡Es usted un villano!—le gritó.—. ¿Por qué se niega a unirse con mi hija?

—¿Cómo voy a casarme con su hija si estoy ya casado?

Y echándose al agua, volvió a la orilla.

Se había mojado por entero los pantalones. Tuvo que quitárselos y ponerlos al sol.

En aquella operación le sorprendió su esposa Herminia.

—¡Wenceslao!—suspiró ella.

—¡Herminia! ¿No ha llegado aún el momento de que me perdone? Si tú estabas celosa de mí, yo lo estaba de ti, te lo prometo... Es preciso que nos unamos para siempre... Renuncio a mi libertad. No hay felicidad comparable a la de estar con la propia mujer. ¿No eres de la misma opinión?

—¡Sí, Wenceslao!... Sí, ni un momento más... La lección ha sido demasiado fuerte. Estaríamos en peligro los dos si siguiese la separación. ¡Reconciliémonos!

Y se besaron, emocionados por la dicha que tornaba.

Volvieron al hotel. Tan distraídos iban que no se dieron cuenta de que Wenceslao no llevaba pantalones hasta que los gritos de las damas se lo hicieron notar.

Avergonzados, los esposos corrieron a refugiarse en su cuarto. Poco después entraba en la habitación el gerente del hotel quien al ver abrazarse a Herminia con Wenceslao, dijo:

—¿No está usted avergonzada de su conducta, señorita?

—¡Eh!, ¿qué falta de respeto es esa?— gritó Wenceslao.—. ¡Está usted hablando con mi mujer!

—Eso se lo cuenta usted a quien lo crea. De cualquier modo, no quiero a usted en el hotel ni un minuto más.

—¡Perfectamente! Nos iremos ahora mismo.

Y marcharon. En el "hall" se despidieron de Luisa y de Enrique que, casi, casi, con la rapidez de los "flirts" en los hoteles, eran novios ya...

Wenceslao sintió que los celos se le iban para siempre...

* * *

Regresaron los dos esposos a su hogar. La reconciliación era ya completa. Se encontraron en su casa con una novedad. Los pájaros de su jaula habían formado nido. Y entre pajitas, a modo de cuna, asomaban unas pequeñas cabezas tiernas.

Y Herminia, sonriente, mirando a los pájaros, confesó a su marido un secreto que había descubierto días antes.

El, emocionado, la abrazó.

—Pero, ¿es verdad, Herminia?... ¡Qué lindo será si sale a su madre y cuánto vamos a quererlo!

Y abrazados pensaban en la futura vida del hijo que alegraría su casa poniendo en ella una felicidad incomparable...

F I N

EB